

ad memoriam revocetur. ¿No recuerdas ó ignoras acaso, ¡oh Sacerdote afligido! que mientras menos consuelos tengas en el tiempo, recibirás mayor gloria y más puras delicias en la eternidad? ¿Bebes en el amargo cáliz de Jesucristo?... ¿Participas de su inmensa desolación en el huerto de los olivos y sobre la Cruz?... ¡Ah es que el Señor te trata como á sus amigos más queridos.... quiere que seas una imagen suya en la vida y en la muerte! ¿Y no te parece esto un inmenso favor? ¿Juzgas por cosa pequeña el tener en tu sufrimiento la prenda más segura de tu predestinación? *Electos Dei cernimus et pia agere, et crudelia pati* (1).

RESOLUCIÓN. Considerad al Crucifijo como vuestro primero y principal libro. Si alguna vez acaso sentís enfriarse en vosotros el ardor por vuestra santificación, el celo por la salvación de las almas, y el amor hacia la Cruz, reanimad vuestra devoción para con los sufrimientos de Jesucristo. Pedídsela sobre todo á su Corazón, cuando os unáis estrechamente á El en el Augustísimo Sacramento.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La meditación de los sufrimientos de Jesucristo excita el celo sacerdotal*, ya se aplique á procurar la gloria de Dios, ya que se disponga á combatir el pecado, ya que tenga como objeto general la salvación de las almas.—El misterio de la Cruz nos ofrece la más alta idea de la gloria de Dios. ¡Cuán grande es Aquel que no pudo ser suficientemente honrado sino anonadándose hasta el Calvario! ¡Estudiemos á los pies de la Cruz los espantosos efectos del pecado: la muerte de Jesucristo causada, renovada, y hecha inútil por el pecado!—La Cruz nos enseña cual sea el precio de las almas, puesto que ellas valen todo lo que han costado. *O anima, tanti vales!* Escuchemos la amarga queja de Jesús moribundo: *Ergo in vacuum laboravi.*

PUNTO SEGUNDO.—*La meditación de los sufrimientos de Jesucristo ilumina nuestro celo*: ella nos enseña de donde saca

(1) S. Greg.

principalmente su eficacia. Durante tres años de predicación, de milagros y de beneficios el Salvador pudo á duras penas hacer que le siguieran algunos discípulos.... pero sufre, muere y entonces atrae á sí y remueve al mundo entero: *Oportuit pati Christum.* Es menester que el Sacerdote, para salvar las almas, sea también un hombre de dolores. Recordemos á San Pablo, á San Juan Crisóstomo, á San Francisco Regis. La redención de los hombres está basada sobre el sufrimiento.

PUNTO TERCERO.—*La meditación de los sufrimientos de Jesucristo consueta nuestro celo.* De ordinario lo hace más fecundo. Dios bendice muy especialmente al Sacerdote asiduo en la meditación de la Cruz. Se habla con gusto de lo que se ama; ahora bien, la palabra de la Cruz, dice San Pablo, es la fuerza y la virtud del mismo Dios para aquellos que se salvan. La Pasión de Jesucristo sigue aun hoy estremeciendo la tierra y quebrantando las rocas. Aun cuando nuestros trabajos resultaran estériles para nuestros hermanos, siempre resultan provechosos para nosotros.

MEDITACIÓN LXXXI

Jesucristo en el Huerto de los Olivos

- I. Debemos compadecernos de sus penas interiores.
- II. Conducta que hemos de tener en nuestras aficciones.

PUNTO I

Hemos de compadecernos de las penas interiores de Jesucristo

Son profundas en extremo y nosotros las hemos ocasionado.

1.º Penas profundas en extremo. ¿Qué cambio se ha efectuado tan de repente en el interior del Hombre-Dios, que siempre se mostró tan pacífico y sere-

no en medio de los más variados acontecimientos? Abandonando, por decirlo así, esa fruición que necesariamente experimenta por la visión beatífica y obrando un milagro para poder sufrir, se entrega á una tristeza mortal: la agitación se apodera de su alma, y por vez primera Jesús exhala una queja. Busca la soledad y huye al mismo tiempo de ella; busca á sus discípulos y los deja... por doquiera le acompaña el abatimiento y la pena. Quisiera hallar alivio en el seno de la amistad, y sus apóstoles se entregan á un pesado sueño y no tienen para El una palabra de consuelo. Eterno Padre, es vuestro amado Hijo el que sufre... y sufre por vuestra gloria... ¿no acudiréis á consolarle? Os habla, y ¿no le respondéis? Os llama, y ¿os hacéis sordo á su voz? Solo, sin apoyo, en tinieblas, no sabe adonde dirigir su pensamiento. Cielo, tierra, infierno, el pasado, el presente, el porvenir... no ve en ellos sino materia de desolación... No puede sostenerse por más tiempo, cae en tierra y gime; tiembla de temor. El que tanto deseaba el momento en que había de inmolearse por nosotros. Un sudor de sangre brota de su Cuerpo, penetra sus vestiduras y riega la tierra. Vedlo ahí extendido, pálido, desamparado y casi sin movimiento y sin vida.

Mas éste á quien veo tan desolado ¿es acaso un desconocido ó un extraño para mí? ¡Oh Jesús, Dueño querido, el más amable entre los hijos de los hombres! ¿No tendré compasión de vuestras penas? ¿Cuándo vas á quitarme este corazón de piedra al cual nada ni nadie puede enternecer? ¿Cuándo me darás un corazón capaz de abrigar los más santos sentimientos? Sacerdote que ya estás en el Cielo, que has mezclado tanta veces tus lágrimas con las lágrimas y Sangre de Jesús, pide para mí esa sensibilidad de corazón para con Jesús que forma el distintivo particular de sus verdaderos amigos. ¡Ay de mí! ¡Sus sufrimientos deben afligirme tanto más cuanto que son causados por mí!

2.º Si preguntara al Salvador qué era lo que le

había puesto en tan grande aflicción, me respondería por su profeta: *Torrentes iniquitatis conturbaverunt me* (1). Igual respuesta recibiría de su Padre si le hiciera la misma pregunta: me diría que había herido á su Hijo á causa de los crímenes de su pueblo: *Propter scelus populi mei percussi eum* (2). En el Huerto de los Olivos, Jesús, penitente universal, ve todas las iniquidades del mundo, los pecados de todos los siglos, estados y condiciones, los de los sacerdotes y los de los seglares, los pecados de todas las edades y lugares, todas las pasiones; altivez del orgullo, arrebatos de cólera, infamias de la lujuria, dureza de la avaricia... Nada se oculta ante su luz infinita: ningún exceso, ninguna circunstancia, ningún grado de corrupción y de perversidad. ¡Ah! si San Pedro lloró tanto su crimen, iluminado por una mirada de Jesús paciente; si algunos Santos no han podido soportar la vida ante el recuerdo de sus faltas, sólo porque habían entendido algo de las divinas perfecciones ultrajadas por el pecado, ¿qué habremos de decir de Aquel, que siendo Dios, el único que puede medir su infinita grandeza, conocer todo el respeto, obediencia y amor que merece y por consiguiente todo el desorden que encierran la rebelión, la insolencia y la ingratitude de los pecadores?... Jesús ve no ya delante de sí, sino sobre sí, se ve cargado con todos los crímenes, con todas las iniquidades del género humano. *Posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum*. Porque tal es la cláusula del pacto eterno entre Dios y su Hijo, que no será nuestro Redentor sino á condición de que todas nuestras maldades se hagan como suyas y que El pague la pena de todos nuestros pecados no de otro modo que si los hubiese cometido. Es necesario que experimente en su corazón y en todo su ser lo que deberían experimentar todos los pecadores, si la santidad de Dios se les hubiese manifestado y si hubieran sido obligados á satisfacer por sí mismos á su justicia.

(1) Ps., XVII, 5.

(2) Is., LIII, 8.

Vos, Salvador mío, me tuvisteis presente entonces; entre tantos otros pecados distinguíais los míos que herían vuestro corazón, puesto que, al cometerlos yo, abusaba de multitud de gracias y ofendía á vuestra Majestad, no teniendo sino motivos para amaros. ¿No será justo que lleve yo mis pecados, cuando Vos habéis llorado mis infidelidades sin número, todas aquellas cuyo recuerdo no deja de perseguirme. *Peccatum meum contra me est semper*; si, Señor; yo los detesto con todas las fuerzas de mi alma. Uno á vuestro dolor todos los sentimientos de penitencia de que Vos me penetráis. Los prefiero á todas las alegrías del siglo; los prefiero aun á las consolaciones que podrían endulzar su amargura; y comprendo y me persuado al veros abatido bajo el peso de mis crímenes, que nada me conviene tanto como un corazón contrito y humillado.

PUNTO II

Cual debe ser nuestra conducta en nuestras aplicaciones y en donde hemos de buscar el remedio

Jesucristo nos le enseña en el huerto de las Olivas: vigilar, no confiar en los hombres, orar, y abandonarnos á Dios.

1.º Es muy frecuente que en el tiempo de la aflicción la naturaleza nos impela, casi á pesar nuestro, á buscar alivio, por cuya razón es muy de temer que nuestras penas se resuelvan en impaciencias, y en palabras ó actos de desesperación. ¡Ah! y cuán necesario es entonces velar sobre todos los movimientos de nuestra alma! Esta es la primera lección que nos da el Salvador: *Vigilate, sustinete*. Velar sobre nuestro mal humor para que no rompa, para no turbarnos ó para moderar nuestra turbación; sobre la lengua, para no proferir una queja, ó para alabar y bendecir al Señor; sobre el corazón para no permitirle ni una aversión, ni un resentimiento aun ligero;

sobre nuestra razón y nuestra fe para reconocer en la adversidad una gracia y con beneficio divino.

2.º Jesús deja la mayor parte de sus discípulos á la entrada del huerto. ¿A qué dar parte á tantas personas de la confidencia de sus dolores y penas? Después de los breves momentos de satisfacción que se gusta al quejarse y al ser compadecido, vuelve uno á caer en el abatimiento y renace el dolor; y quizás aumentado por los remordimientos de la conciencia más ó menos herida en estos esparcimientos ¡Cuánto más ventajoso no sería sufrir en silencio! Una cruz que se sabe tener en secreto ó de la que no se habla sino á Dios en la efusión de las plegarias es la fuente de innumerables gracias.

Puede uno, sin embargo, manifestarse á un amigo, mas es preciso elegirlo, es preciso que sea más amigo de Dios que nuestro. Los tres apóstoles que el Salvador escoge eran discípulos elegidos y no obstante, bien poco consuelo le procuraron. Cuando viene á ellos, los encuentra dormidos; he aquí á los hombres y lo que de ellos debemos esperar. Nuestro corazón no depende sino de Dios y El solo puede volverlo á la calma.

3.º Jesús se dirige á su Padre. Vayamos á Dios; no confiemos nuestras quejas más que á El; solo El puede darnos la paz. Jesús ruega. ¿De qué modo? *Su oración es humilde*: se prosterna en tierra: *Procidit in faciem suam orans*. ¡Qué respeto, que anonadamiento de su humanidad ante la Majestad Divina! *Es afectuosa*: *Pater mi, Abba Pater!* Dios es mi Padre, aunque me aflija, me ama con ternura aun hiriéndome; esta es la mayor prueba de su infinita bondad para conmigo y ¿yo permitiré que mengüe mi confianza? Hasta si fuera necesario enviaría un ejército de ángeles para librarme ó defenderme, (1) todo lo hará siempre que de El todo lo espere. *Perseverante*: el divino Salvador repite su oración por tres veces: *Oravit tertio eundem sermonem dicens*: reza hasta el

(1) Matth., XVI, 53.

momento en que vienen á prenderle. No dejaré de rezar en adelante, puesto que Dios no se cansa de escucharnos. *Es eficaz*: aunque el Padre Eterno no retira el cáliz que presenta á su Hijo envía un ángel para confortarle. ¡Qué cambio verifica en Jesús esta celeste visión; con que intrepidez se entrega á sus enemigos: *Surgite eamus!* Sufrirá sin quejarse de los más horribles tormentos; pedirá gracia para sus verdugos.—¿No es esto infinitamente más que ser libertado de la muerte? Mis oraciones, si las hago bien, nunca serán inútiles; obtendré lo que deseo ú otra cosa mejor.

4.º Abandono completo de sí mismo á los paternales cuidados de la Providencia «Padre mío, cúmplase en Mí tu santa voluntad y no la mía.» *Non mea voluntas sed tua fiat.* ¡Sentimiento sublime! ¡Cuán digno es del Hijo de Dios! Nada tan divino como tanta repugnancia á sufrir tanta resignación en el sufrimiento. Si Jesucristo no hubiese manifestado tanta dificultad en someterse, podíamos decir: no puedo imitarle. Ante semejante ejemplo, gimamos, manifestemos á Dios la amargura de nuestro corazón, esto nos es permitido: pero resignémonos. Háblémosle de nuestros males pero dejémosle el cuidado del porvenir. Sí, Dios mío, Vos seréis mi sostén, mi consuelo, mi Padre y amigo si llego á conocer que los que sufren son aquellos que amáis, y que tanto más los amáis cuanto más ellos sufren. En efecto, así los desatáis de las criaturas para que á Vos sólo os amen. ¡Dichosos llamamientos de mi Dios, de mi Padre, pruebas más potentes de su amor que de su severidad.

RESOLUCIÓN: No buscaré consuelo en mis aflicciones sino en Dios.....

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Debemos compadecer los interiores sufrimientos de Jesús.* Son extremos y los sufre por culpa nuestra.

1.º Sufrimientos extremos: Permite que una mortal tristeza se apodere de su Corazón.... ¡Qué turbada se encuentra su alma! No tratan de consolarle sus discípulos ni aun su mismo Padre.... Cae agobiado, casi moribundo, sudando Sangre por todo su Cuerpo. Y ¿quién es este que se halla tan angustiado? ¿Es tal vez un desconocido? ¡Oh Jesús! ¿seré yo insensible á vuestros dolores? ¡Ah! ¿No debo compartir con Vos estas penas, tanto más cuanto que en parte son obra mía?

2.º En el huerto de los Olivos Jesús ve todos los pecados del mundo.... Los desórdenes que tendrían lugar. Ninguna circunstancia, ningún grado de perversidad escapa á su penetrante mirada. Ha habido Santos para quienes la vida se hizo inaguantable desde que entrevieron la ofensa que sus pecados hicieran á algunas de las infinitas perfecciones. ¡Oh! ¡Qué suplicio para Jesús, la santidad misma, obligado á ver, no sólo todos los pecados pasados y futuros, sino también á cargar con ellos para expiarlos, sufrir la vergüenza como si realmente los hubiese cometido! ¡Oh Jesús! ¡Cuánto habéis llorado por mí! ¿No es más justo que lllore yo?

PUNTO SEGUNDO.—*¿Qué debemos hacer en nuestras aflicciones?* Velar atentamente sobre nuestro carácter para refrenar sus ímpetus, sobre nuestro corazón para no permitirle ningún rencor, sobre nuestra fe para aceptar como un favor divino las mayores adversidades.... Se pueden manifestar las penas á un amigo, pero á un amigo escogido, contando muy poco con los consuelos humanos... Dirigirse á Dios y no esperar la paz sino de El. Procurar que nuestra oración sea como la de Jesús: humilde, perseverante. Abandono total de sí mismo á la bondad de Dios.

MEDITACIÓN LXXXII

Jesucristo se entrega á sus enemigos.—Contemplación

- I. Contemplar las personas.
- II. Escuchar sus palabras.
- III. Considerar sus acciones.

PRIMER PRELUDIO.—Traeré á la memoria la relación de los Evangelistas: La llegada de la cohorte condu-

cida por Judas: la pregunta del Salvador: ¿A quién buscáis? Y el efecto de las palabras: «Yo soy.» Pedro desenvaina la espada; Jesús cura la herida del criado del Pontífice; lo que dice al apóstol y á sus enemigos antes de entregarse á su furor; poder que les da, y el uso que ellos hacen.

SEGUNDO PRELUDIO.— Me representaré la entrada del huerto. Es de noche: no se divisan los objetos sino á la luz de las antorchas, me colocaré en un sitio desde donde pueda ver todo lo que va á ocurrir.

TERCER PRELUDIO.— Pediré á Jesús me haga penetrar en su divino Corazón á fin de estudiar sus disposiciones para conmigo en el momento en que, llevado por mi amor, va á entregarse á los enemigos. Le pediré también me conceda la gracia de sacar provecho espiritual de cuanto voy á ver y á oír.

PUNTO I

Contemplar las personas

A Jesús lleno de aliento y de valor, acaba de rezar y resignarse: la oración y resignación son dos grandes manantiales de fortaleza cristiana.... Su corazón arde en deseos de morir por nosotros. La bondad, la paciencia, una serenidad celestial se dibujan en su rostro.—Los Apóstoles; ¡cuán tímidos se muestran! Se retiran cuanto pueden.... sus facciones dejan ver la más viva inquietud, mezclada con indignación por la presencia de Judas....—Fijaos en este traidor. ¡Qué aire de hipocresía y fingimiento! No llegan á velar la perfidia de su proyecto sus fingidas muestras de respeto y amistad.... Aprended de él hasta donde puede conducir el abuso de la gracia y el no refrenar á tiempo una mala pasión.—Ved á los satélites de Judas armados de espadas y palos.—¡Cuán fiera es su mirada!.... Esperan la señal. ¡A qué crimen van á contribuir cual dóciles instrumentos! ¡Cuántas luces, cuántos medios de salvación va á procurarles aún la misericordia de su Salvador! ¡A

qué punto de endurecimiento puede llegar el corazón del hombre!

PUNTO II

Escuchar las palabras

Meditemos las palabras que el Salvador dirige á Pedro y á los que están á punto de poner sus sacrílegas manos sobre su Divina Persona.

1.º *Envaina de nuevo esa espada.* Jesús no nos permite para nuestra defensa más armas que las que nuestros enemigos desprecian: la dulzura, la paciencia, la oración y la caridad. A los que pelean con estas armas promete la victoria. Con estos medios se ha establecido la Iglesia y con los mismos se conservará hasta el fin de los siglos. Si no la imitamos en este punto, ni ella nos reconocerá como á ministros suyos ni Jesús como á sus representantes. ¿Queremos, pues vencer? Envainemos nuestra espada: mordámonos la lengua; reprimamos ese violento deseo de mantener nuestros derechos, de hacer triunfar nuestra causa: ahoguemus estos sentimientos, y si nuestra espada hubiese ya causado alguna herida, apresurémonos á curarla reparando con favores y sumisión el daño que hayamos ocasionado. ¿Creéis que no puedo acudir á mi Padre, quien me enviaría más de doce legiones de ángeles? Es vuestro ardiente amor hacia nosotros el que os hace rechazar el socorro que podrían prestaros vuestro Padre, el Cielo, la tierra, los ángeles y los hombres. *Quoniam omnia inserviunt tibi.* Pero ¿cómo se cumplirían las Escrituras?

«¡Oh Pedro! te irritas porque me han cargado de deshonorosas cadenas como á un criminal insigne, pero lo que crees que envilece la inocencia de mi vida y la gloria de mi muerte es lo que contribuye á realzarlas más. Esta ignominia, anunciada por los profetas se trocará en prueba de mi divinidad... Por ser ahora confundido con los criminales (1), seré luego

(1) *Cum sceleratis reputatus est* (Is., LIII, 12).

adorado por todos los pueblos como única esperanza de los pecadores.....» ¡Dios mío, cuán digno es de compasión el que no cumple las Escrituras sufriendo en este mundo con Jesús! Las cumplirá en el otro sufriendo con Satanás— *Y ¿no debo Yo beber el Cáliz que mi Padre me envía?* ¡Oh Jesús! á mí me dirigiste estas palabras: las aplicaré en mis contradicciones y sufrimientos: esta humillación que tanto me cuesta, esta pobreza, esta afrenta..... he ahí el cáliz que yo debo beber; me incitan á ello poderosos motivos; es Dios, es mi Padre quien me lo presenta; mi Salvador lo bebió primero, después sus apóstoles, los buenos Sacerdotes, todos los elegidos. Saborearé sobre todo aquellas palabras *Dedit mihi pater.*

2.º *Habéis venido á prenderme, armados de espadas y palos como si fuera un ladrón.....* ¡Cómo confunde este oráculo tantos soberbios resentimientos! Cuantas veces he llegado á decir: *Pero ¿por quién se me toma? ¿Qué he hecho? Se me trata como á un.....* ¡Ah! si fuera un verdadero discípulo de Jesús ¿me quejaría de que se me presentara una ocasión de asemejar-me á El? Aceptaré las pruebas, con cuanto tienen de penoso y humillante, y me alegraré de que se me trate como á mi Salvador y Maestro..... *He estado cada día entre vosotros y no me prendisteis.* Esto equivalía á decirle para qué entraran en sí mismos: «Recordad la inutilidad de vuestras asechanzas, mientras yo quise burlarlas. ¡Cuántas veces han fracasado vuestros proyectos aunque yo he estado indefenso entre vosotros! No olvidéis lo ocurrido en estos días. ¡Con qué aclamaciones me habéis recibido, con qué asiduidad habéis venido á escucharme!.... Si me queríais castigar por el bien que os he hecho, ¿por qué no me prendisteis en el templo?» *Pero ha llegado vuestra hora y el poder de las tinieblas.* Vuestra hora! ¡El hombre tiene pues su hora? ¡Sí, y Dios su eternidad!.... ¡Hora fatal aquella en que Dios en su cólera abandona al hombre á la perversidad de sus deseos! Funesto poder del cual nos servimos para ofender á Dios y secundar los proyectos del

infierno! ¡Horribles tinieblas, que impiden ver al pecador el abismo en que se precipita!

PUNTO III

Considerar las acciones

Jesús se adelanta, y en su ardiente deseo de morir por nosotros corre á entregarse á sus verdugos.— Pero se detiene á fin de que puedan reflexionar. Les pregunta á quien buscan, no porque lo ignore, sino para ponerlos en la precisión de pronunciar su nombre que debía despertar en ellos el recuerdo de tantas virtudes y tantos favores, sirviéndoles por consiguiente de faro luminoso á cuya luz vieran la enormidad de su crimen.— Caen al suelo al responderles: «*Yo soy.....*» ¡Cuánta misericordia en medio de infinito poder!.... ¡Cuán admirado debió quedar Judas! ¡Cómo no se convertiría al verse con toda la cohorte derribado por una sola palabra que no era aun de reproche ni amenaza! ¡Cómo debieron de alegrarse los discípulos al ver á sus enemigos mordiendo el polvo, y la facilidad con que su Maestro los había derribado! Débil imagen de lo que experimentarán justos y pecadores cuando el último día el mismo divino Salvador diga á los primeros: *Yo soy* aquel á quien habéis amado, servido y antepuesto á todo; y á los segundos: *Yo soy* aquel que habéis despreciado, perseguido, crucificado...— Les manda dejen en libertad á sus discípulos y es obedecido. Todo el poder de los hombres y de los demonios es impotente contra aquellos que Jesús protege. ¡Cuán bueno es abandonarse á El! Hasta cuándo parece que se olvida de sí mismo, no se olvida de nosotros.— En fin, después de la milagrosa curación de Malco, y de las observaciones tan llenas de caridad que acaba de hacer á sus enemigos, quita la invisible barrera que los contenía y estos con una ceguedad y encarnizamiento extremos consuman el horrible atentado que no han podido impedir los prodigios de una bondad conmovedora.

Representaos la furia con que estos lobos crueles se abalanzan sobre tan manso Cordero; su crueldad al tirar de las cuerdas con que le atan: le maltratan, le oprimen, le atropellan, le hacen sufrir cuanto de más cruel puede inventar una rabia largo tiempo reprimida en el favorable momento en que explota. ¡Cuántas veces le arrojan al suelo! ¡Con qué inhumanidad le arrastran y le pegan gritándole se levante! ¡Cuán pronto su audacia al verse impune llega al último extremo! ¡Oh Jesús! cuán triste es el preludio de lo que váis á sufrir por mí! ¿Qué podré hacer para aligerar el peso de vuestras cadenas, para reparar los ultrajes que por mí habéis sufrido? ¡Oh! al menos que este amor con que os entregáis á vuestros enemigos sea en adelante el que dirija los impulsos de mi corazón y me enseñe á sufrir con alegría cuanto tenga que padecer por Vos.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO. — *Contemplar las personas.* — Jesucristo orando y resignado, son los dos manantiales de la fortaleza cristiana. — Los apóstoles, tímidos, inquietos.... dormían mientras Jesús rezaba.... Judas....! ¡Qué aire de hipocresía! ¡Oh abuso de la gracia á qué punto puedes conducirnos! — Satélices, soldados ¿qué van á hacer? Comparad sus sentimientos con los de su Víctima.

PUNTO SEGUNDO. — *Escuchar las palabras.* — De Jesús á Pedro: *Envaina esa espada.* Nuestras armas han de ser la paciencia y la oración. *¿Crees tú que no puedo rogar á mi Padre,* etc. Es su amor hacia nosotros el que le conduce á la muerte.... *¡Cómo! ¿No beberé el cáliz que mi Padre me presenta?* De Jesús á sus enemigos: *Habéis venido á prenderme con espadas y palos,* etc. *He estado todos los días con vosotros en el templo.... Pero esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas....* Sí, el pecador tiene su hora y Dios su eternidad!.... ¡Horribles tinieblas que impiden ver al pecador el abismo en que se precipita!

PUNTO TERCERO. — *Considerar las acciones.* — Jesús se presenta á sus enemigos impaciente de morir por nosotros. Los detiene para que puedan reflexionar. Los derriba con un soplo para demostrar su poder.... Les manda dejen en libertad á sus discípulos. Cura al criado del Pontífice á quien Pedro ha herido.... ¡Cuán endurecidos debieron estar para resistir á tantas gracias! — Ved con qué rabia se arrojan sobre El, é imaginaos la crueldad con que le tratan.

MEDITACIÓN LXXXIII

Jesús se entrega á sus enemigos

- I. Hace por nosotros el sacrificio de su libertad.
- II. Nos pide hagamos nosotros otro tanto de la nuestra.

PUNTO I

Jesús hace por nosotros el sacrificio de su libertad voluntaria, plenamente y para siempre

1.º Sacrificio voluntario. El divino Salvador tuvo el cuidado de hacernos ver que nadie podía quitarle la vida, y que era dueño de dejarla ó volverla á tomar cuando le pareciera. La espontaneidad de su inmólación la hace infinitamente más meritoria á los ojos de su Padre, y debe conmover nuestros corazones (1). Trata de convencernos plenamente acerca de una verdad tan propia para granjearse nuestro reconocimiento. Quiere enseñarnos que la causa de todos sus padecimientos es su intenso amor hacia nosotros.

Anuncia á sus enemigos antes de su llegada, sale á su encuentro, impide que sus discípulos se opongan á sus designios y cura milagrosamente una herida hecha en un arranque de indignación. ¿Necesita acaso desenvainar la espada para oponer fuerza contra

(1) *Propterea me diligit pater, quia ego pono animam meam ut iterum sumam eam. Nemo tollit eam a me, sed ego pono eam a meipso* (Joan., X, 17, 18).